diente, en que hubieron de colocarle las revueltas políticas y los ensayos de otros hombres y de otras ruedas en la complicada máquina de nuestra administracion.—Hoy, aleccionado ya por la desgracia y las contradicciones, convencido plenamente de su insuficiencia para luchar con la marcha del siglo, *D. Homo-bono Quiñones* es un personaje casi fabuloso, ó por lo ménos inverosímil, y que está próximo á desaparecer de entre nosotros. Reducido, pues, á pasear su asendereada persona por la Fuente Castellana ó Chamberí, á leer todas las mañanas el *Diario*, y á regalarse todas las noches con *La Esperanza*, limita sus escasas necesidades á las mesadas de cesantía, paga su modesta mansion en los barrios apartados de Daoiz ó de Leganitos; asiste á las Cuarenta Horas, reza novenas á Santa Rita y á Santa Filomena, y figura en las zarzuelas, como uno de los personajes de *La Paga de Navidad*.

EL AMANTE CORTO DE VISTA.

«¡Ay cielos! sueño despierto;
Pierdo cuando estoy ganando;
Soy lince y á oscuras ando,
Y, en fin, apunto y no acierto.»
TIRSO DE MOLINA.

«¡Cómo! (exclamará con sorpresa algun crítico al leer el título de este discurso) ¿tampoco los vicios físicos están fuera del alcance de los tiros del *Curioso?* ¿Ignora acaso este buen señor que no le es lícito particularizar circunstancias que quiten á sus cuadros las aplicaciones generales? ¿Y quién le ha dicho tampoco que sea razonable presentar el ridículo de un vicio físico, por lo ménos sin que vaya acompañado de otro moral?»

—Paciencia, hermano, y entendámonos, que quizás no es difícil. Venga V. acá; cuando ciertos vicios físicos son tan comunes en un pueblo, que contribuyen á caracterizar su particular fisonomía, ¿será bien que el escritor de costumbres los pase por alto, sin sacar partido de las várias escenas que deben ofrecerle? Si hubiese un pueblo, por ejemplo, compuesto de cojos, ¿no sería curioso saber el órden de la marcha de sus ejércitos, sus juegos, sus

bailes, sus ejercicios gimnásticos? Pues ¿por qué no se ha de pintar el amor *corto de vista* donde apénas hay amante que no lo sea?

Por otro lado, ¿quién le ha dicho á V. que esta enfermedad *de moda* no presenta su aspecto moral? ¿Tan difícil sería probar su orígen de la depravacion de costumbres, de los vicios de la educacion ó de los excesos de la juventud? Con que, ya ve V., señor crítico, que este asunto entra naturalmente en la jurisdiccion de mi benigna correa; con que V. conocerá que no hay inconveniente en hablar de él..... ¿No?..... pues manos á la obra.

Los ejemplos me salen al paso, y no tengo más que hacer que la eleccion de uno. Tóquele por hoy la suerte á Mauricio R..... y perdone si le hago servir para desarrugar la frente de mis amables lectoras.—¿Y quién es el tal?—El tal, señoras mias, es un jóven de veinte y tres años, cuya figura expresiva y aire sentimental descubre á primera vista un corazon tierno y propenso al amor; no es, por lo tanto, extraño que encontrase gracia cerca de ustedes. Así ha sucedido, pues, y algunas aventurillas en calles y paseos previnieron al jóven Mauricio de sus ventajosas circunstancias; mas por desgracia el jóven mancebo tiene un defecto capital, y es..... el ser corto de vista, muy corto de vista, lo cual le contraría en todos sus planes.

Alto, señoras; no hay que reirse, que mi héroe no lo toma á risa, ni sabe sacar partido, como otros muchos, de este mismo defecto para ser más atrevido y exigente, para ostentar sobre su nariz brillantes gafas de oro, ó para sorprender con su *inevitable* lente las miradas furtivas de las damas. Nada ménos que eso. Mauricio es sensible, pero muy comedido, y más bien quiere privarse de un placer que causar un disgusto á otra persona.—Bien hubiera deseado ponerse anteojos perpétuos, como hacen

otros sin necesidad y sólo por petulancia; pero ¡dicen tan mal unos espejuelos moviéndose al precipitado compas de la *Mazzowrka!!!* y Mauricio á los veinte y tres años no podia determinarse á dejar de bailar la Mazzowrka.—Buen remedio, por cierto, el lente colgante; pero, ademas de la prudencia con que le usaba, ¿cómo adivinar las escenas que iban á suceder para estar prevenido con él en la mano?—Si la hermosa Fílis volvia rápidamente hácia él sus bellos ojos, ó dejaba caer su pañuelo para darle ocasion de hablar con ella, ¿quién lo habia de prever un minuto ántes? Si creyendo sacar á bailar á la más hermosa de la sala, se hallaba con que se habia ofrecido á una momia de Egipto, ¿de qué le servia el lente un minuto despues?—Vamos, está visto que el lente no sirve de nada, y Mauricio, que conocia esto, se desesperaba de véras.

El amor, que por largo tiempo se habia complacido en punzarle ligeramente, vino por fin á atravesar de parte á parte su corazon, y una noche en el baile de la Marquesa de.... Mauricio, que bailaba con la bella Matilde de Lainez, no pudo ménos de espontanear una declaracion en regla. La niña, en quien sin duda los atractivos de Mauricio hicieron su efecto, no se determinó á reprenderle,

«*Faute d'avoir le temps de se metre en courroux.*»

Y hé aquí á mi buen mancebo en el momento más feliz del amor, el de mirarse correspondido por la persona amada.

Ya nuestros amantes habian hablado largamente; tres *rigodones* y una *galop* no habian hecho más que avivar el fuego de su pasion; pero el sarao se terminaba, y el rendido Mauricio renovaba las protestas y juramentos;

tomaba exactamente la hora y el minuto en que Matilde se asomaria al balcon; la iglesia donde acudia á oir misa, los paseos y tertulias que frecuentaba, las óperas favoritas de la mamá; en una palabra, todos aquellos antecedentes que vosotros, diestros jóvenes, no descuidais en tales casos. Pero el inexperto Mauricio se olvidaba en tanto de reconocer puntualmente á la mamá y á una hermana mayor de Matilde que estaban en el baile; no hizo alto en el padre de ésta, coronel de caballería; y por último, no se atrevió á prevenir á su amada de la circunstancia fatal de su cortedad de vista. El suceso le dió despues á conocer su error.

No bien llegó la hora señalada, corrió al siguiente dia á la calle donde vivia su dueño, repasando cuidadosamente las señas de la casa. Matilde le habia dicho que era número 12, y que hacía esquina á cierta calle; mas por cuanto la otra esquina, que era número 72, parecióle 12 al desdichado amante, y fué la que escogió como objeto de su bloqueo.

Matilde, que le vió venir (ojos femeniles, ¡qué no veis cuando estais enamorados!), tiró su almohadilla, y saliendo precipitada al balcon, ostentó á su amante todas las gracias de su hermosura en el traje de casa; pero en vano, porque Mauricio, situado á seis varas, en la otra esquina, fijos los ojos en los balcones de la casa de enfrente, apénas hizo alto en la belleza que se habia asomado al otro balcon.

Este desden inesperado picó sobremanera el amor propio de Matilde; tosió dos veces, sacó su pañuelo blanco, todo era inútil; el amante dolorido la miraba rápidamente, y la volvia la espalda para ocuparse en el otro objeto. Una hora y más duró esta escena, hasta que, desesperado el buen muchacho, y creyéndose abandonado de su dama, sintió fuertes tentaciones de aprovechar el rato con la

otra vecina que tan inmóvil se mostraba. No pudiendo, en fin, resistirlas, y viendo que de lo contrario perdia la tarde del todo, se determinó al cabo (aunque con harto dolor de su corazon) á hacer un paréntesis á su amor y hablar á la airosa vecina.

Dicho y hecho; atraviesa la calle, marcha determinado bajo el balcon de Matilde; alza la cabeza para hablarla; pero en el mismo momento tírale ella á la cara el pañuelo que tenía en la mano (al que durante su furor habia hecho unos cuantos nudos), y sin dirigirle una palabra, éntrase adentro y cierra estrepitosamente el balcon. Mauricio desdobló el pañuelo y reconoció en él bordadas las mismas iniciales que habia visto en el que llevaba Matilde la noche del baile..... Miró despues la casa, y alcanzando á ver *Visita general, número* 12 (1): ¿cómo pintar su desesperacion?

Tres dias con tres noches paseó en vano la calle; el implacable balcon permanecia cerrado, y toda la vecindad, ménos el objeto amado, era fiel testigo de sus suspiros. La tercer noche se daba en el teatro una de las óperas favoritas de la mamá; colocado en su luneta, con el auxilio del *doble* anteojo, recorre con avidez el coliseo y nada ve que pudiera lisonjearle; sin embargo, en uno de los palcos por asientos cree ver á la mamá acompañada de la causa de su tormento. Sube, pasea los corredores, se asoma á la puerta del palco; no hay que dudar..... son ellas..... Mauricio se deshace á señas y visajes, pero nada consigue; por último, se acaba la ópera, espéralas á su descenso, y en la parte más oscura de la escalera acércase á la niña y la dice:

(1) No hay necesidad de advertir que este artículo se escribió ántes de adoptarse la nueva numeracion de las casas (1836), que por su órden y claridad favorece á los amantes cortos de vista.

—«Señorita, perdone V. mi equivocacion..... si sale usted luégo al balcon la diré..... entre tanto tome usted el pañuelo.

—Caballero, ¿qué dice usted?—le contestó una voz extraña á tiempo que un menguado farolillo (de los farolillos que alumbran pálidamente las escaleras de nuestros teatros) vino á revelarle que hablaba á otra persona, si bien muy parecida á su ídolo.

—Señora.....

—¡Calle! y el pañuelo es de mi hermanita.

—¿Qué es eso, niña?

—Nada, mamá; este caballero que me da un pañuelo de Matilde.

—¿Y por dónde tiene este caballero un pañuelo de Matilde?

—Señora..... yo..... dispense V..... el otro dia..... la otra noche, quiero decir..... en el baile de la Marquesa de.....

—Es verdad, mamá; el señor bailó con mi hermana, y no es extraño que dejase olvidado el pañuelo.

—Cierto, es verdad, señorita; se quedó olvidado..... olvidado.....

—Á la verdad que es extraño; en fin, caballero, damos á V. las gracias.»

Un rayo caido á sus piés no hubiera turbado más al pobre Mauricio, y lo que más le apesadumbraba era que en una punta del pañuelo habia atado un billete en que hablaba de su amor, de la equivocacion de la casa, de las protestas del baile, en fin, hacía toda la exposicion del drama, y él no sabía qué suerte iba á correr el tal papel.

Trémulo é indeciso siguió á lo léjos á las damas, hasta que entraron en su casa y le dejaron en la calle en el más oscuro abandono. En balde aplicaba el oido por ver si escuchaba algun diálogo animado; la voz lejana del sereno, que anunciaba las doce, ó la sonora marcha de los

sucios carros de la limpieza, era lo único que heria sus oidos y áun sus narices; hasta que, cansado de esperar sin fruto, se retiró á su casa á velar y cavilar sobre sus desgraciados amores.

Entre tanto, ¿qué sucedia en el interior de la otra casa? La mamá, que tomó el pañuelo para reprender á la niña, habia descubierto el billete, se habia enterado de él, y pasados los primeros momentos de su enojo, habia resuelto, por consejo de la hermanita, callar y disimular, y escribir una respuesta muy lacónica y terminante al galan con el objeto de que no le quedase gana de volver; hiciéronlo así, y el billete quedó escrito, firmado de letra de mujer (que todas se parecen), cerrado con lacre y oblea, y picado por más señas con un alfiler. Hecha esta operacion, se fueron á dormir, seguras de que á la mañana siguiente pasaria por la calle el desacertado galan. Con efecto, no se hizo de rogar gran cosa; pues no habian dado las ocho cuando ya estaba en el portal de enfrente, sin atreverse á mirar. Estando así, oye abrirse el balcon..... y..... ¡oh felicidad!..... una mano blanca arroja un papelito; corre el dichoso á recibirle, y encuentra..... el balcon se habia cerrado ya, y la esperanza de su corazon tambien.

En vano fuera intentar describir el efecto que hizo en Mauricio aquella serie de desgracias; baste decir que renunció *para siempre* al amor; pero, en fin, era mancebo, y al cabo de quince dias pensó de distinta manera, y salió al Prado con un amigo suyo.—Era una de aquellas noches apacibles de Julio que convidan á gozar del ambiente agradable bajo los frondosos árboles, y sentados ambos camaradas empezaron la consabida conversacion de sus amores respectivos. Mauricio, con su franqueza natural, contó á su amigo su última aventura, con todos los lances y peripecias que la formaban, hasta la amarga despedida que sus adversas equivocaciones le habian propor-

cionado; pero al acabar esta relacion, sintió un rápido movimiento en las sillas inmediatas, donde, entre otras personas, observó sentados á un militar y á una jóven; arrímase un poco más, saca su anteojo..... (¡insensato!, ¿por qué no le sacaste desde el principio?), y conoce que la que tenía sentada á su espalda oyendo su conversacion era nada ménos que la hermosa Matilde.—«¡Ingrata!.....», fué lo único que pudo articular; miéntras el papá llamaba á un muchacho para encender el cigarro.—«Yo no he escrito ese billete.» (Esta respuesta obtuvo al cabo de un cuarto de hora.)—«¿Pues quién?.....—No sé..... llévelo V.; á las doce estaré al balcon.»

La esperanza volvió á derramar su bálsamo consolador en el corazon del pobre Mauricio, y lleno de ideas lisonjeras, aguardó la hora señalada; corre precipitadamente bajo el balcon; con efecto, está allí; ya mira brillar sus hermosos ojos, ya advierte su blanca mano, ya..... Mas ¡oh, y qué bien dice Shakespeare que *cuando los males vienen, no vienen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones!* Aquella noche se le habia antojado al papá tomar el fresco despues de cenar, y él era el que estaba repantigado en la barandilla, no sin grande agitacion de Matilde, que le rogaba se fuese á acostar para evitar el relente.

—«Bien mio, dijo Mauricio con voz almibarada, ¿es usted?

—Chica, Matilde (la dice el padre por lo bajo), ¿es contigo esto?

—Papá, conmigo, no, señor; yo no sé.....

—No, pues estas cosas tuyas son ó de tu hermana.

—Para que vea V. (continúa el galan amartelado) si tuve motivo de enfadarme, ahí va el billete.....

—A ver, á ver, muchacha, aparta, aparta, y trae una luz, que voy á leerle.....»

Dicho y hecho; éntrase en la sala mirando á su hija con ojos amenazadores; abre el billete y lee..... «*Caballero, si la noche del baile de la Marquesa pude con mi indiscrecion hacer concebir á V. esperanzas locas.....*

—¡Cielos! pero ¡qué veo!..... esta letra es de mi mujer.....

—¡Ay, papá mio!

—¡Infame! ¡A los cuarenta años te andas haciendo concebir esperanzas locas!

—Pero, papá.....

—Déjame que la despierte y que alborote la casa.»

Con efecto, así lo hizo, y en más de una hora las voces, los gemidos, los llantos dieron que hacer á toda la vecindad, con no poco susto del *galan fantasma*, que desde la calle llegó á medio entender el inaudito *quid pro quo*.

Su generosidad y su pundonor no le permitieron consentir por más tiempo el que todos padeciesen por su causa, y fuertemente determinado, llama á la puerta; asómase el padre al balcon:—«Caballero, tenga V. á bien escuchar una palabra satisfactoria de mi conducta.—El padre coge dos pistolas y baja precipitado; abre la puerta. —Escoja V., le dice.—Serénese V., contesta el jóven; yo soy un caballero; mi nombre es N., y mi casa es bien conocida; una combinacion desgraciada me ha hecho turbar la tranquilidad de su familia de V., y no debo consentirlo sin explicársela.»

Aquí hizo una puntual y verdadera relacion de todos los hechos, la que apoyaron sucesivamente la mamá y las niñas, con lo cual calmó la agitacion del celoso coronel.

Al dia siguiente la Marquesa presentó á Mauricio en casa de Matilde, y el padre, informado de sus circunstancias, no se opuso á ello.

Desde aquí siguió más tranquila la historia de estos amores; y los que desean apurar las cosas hasta el fin pueden descansar sabiendo que se casaron Mauricio y su amada; á pesar de que ésta, mirada de cerca, á buena luz y con anteojos, le pareció á aquél no tan bella, por los hoyos de las viruelas y algun otro defectillo; sin embargo, sus cualidades morales eran muy apreciables, y Mauricio prescindió de las físicas, no teniendo que hacer, para olvidar éstas, sino una sencilla operacion, que era..... quitarse los anteojos.

(Setiembre de 1832).

LAS TIENDAS.

«¿Quién nos dirá (dejadas sus cautelas
Mayores) lo que cuestan sus encajes,
Sus cadenetas, randas y arandelas?
¿Quién las ciegas mudanzas de los trajes?»

B. DE ARGENSOLA

Eran las once en punto de la mañana, y yo no debia hallarme hasta las doce en cierta parte del mundo adonde la obligacion me llamaba. Quiero decir, que tenía sesenta minutos delante de mí para disponer de ellos á mi sabor. Encontrábame á la sazon en medio de la Puerta del Sol, mansion natural de todo desocupado, y yo en aquella hora lo estaba á más no poder. Lánguido é indiferente, dejábame llevar en simétrica alternativa, ya á una esquina ya á otra; y miéntras nada hacía, recreábame en mirar los estimulantes anuncios literarios que decoran aquellos eruditos postes, admirando su profusion y la variedad de nombres clásicos que denuncian á la posteridad. En estas y otras cavilaciones me asaltó de improviso la idea de que si «para dormir no es menester luz», para pensar tampoco se necesita estar en pié; y esto diciendo, enfilé por lo más ancho la famosa calle Mayor, huyendo